

Souvenir

SARA TORO

Córdoba, La Bella Varsovia, 2009, 60 pp.

Las afinidades electivas de las poetas Elena Medel –Premio de Andalucía Joven por *Mi primer bikini* (DVD, 2002) y reciente Premio Loewe (*Chatterton*, Visor, 2014)–, y Alejandra Vanessa, que obtuvo una mención especial del primero de estos certámenes por *Colegio de monjas* (DVD, 2005), cristalizaron hace ahora más de dos lustros en *La Bella Varsovia*, asociación juvenil que evolucionó hacia el mundo editorial. Al ritmo de sus dos promotoras, que hoy habitan en jardines con senderos bifurcados. Sin morir de éxito ni mendigar (a cada saltito) las regalías del poderoso. Con la hoguera de quien se sabe ganador en la línea de salida y una agudeza de G. K. Chesterton (cuando no de Chatterton) tatuada en los canales de sus arterias: «hay que estar loco por algo para no volverse completamente loco». Como la vida literaria transcurre en el recuerdo, pero también en la expectativa, barrunto un largo viaje (¡de ambas!) por delante. O quizá un breve astillero por detrás.

En cualquier caso, a ellas les debemos la subida al Parnaso del siglo XXI de voces tan neófitas como las de Sofía Rhei (*Las flores del alcohol*), Leyla Ouf (*Híbrida*), Elena Román (*Veintiún bisontes*) o Sofía Castañón (*Últimas cartas a Kansas*), entre otras.

Más todavía: su presencia en las listas de superventas, en un país que –me dirijo a los espectadores no avisados– consume más periódicos deportivos que esta clase de golosinas del ingenio, no deja de constituir un raro triunfo: el de quienes codician un secreto, lo imprimen y le crean una suerte (reconocible) de alma.

Buenas conocedoras de los caladeros métricos de Andalucía, Madrid y Aragón, en el 2009 nos presentaron *Souvenir*, la *opera prima* de Sara Toro, cordobesa afinada a menudo en Granada y en medio mundo. Y a fe que es todo un regalo, por eso lo reseño ahora. Por más que cuando firmo estas líneas tenga bien presente lo que en otro trabajo he bautizado como la

«paradoja del elogio»: el mejor y el peor de los artistas suele ser celebrado dos veces: la primera por las razones erróneas; la segunda, después de una fase de oprobios, por las acertadas. Huelga decir que nos hallamos ante el libro de una joven promesa que, habiéndose leído una noche de insomnio, recordaremos siempre. Pruebas de ello son que la cuidada “edición principesa” se agotara en un par de meses y la corona del prólogo de Andrés Neuman que encabezó la siguiente.

Doctora en Filología Hispánica con una tesis sobre la figura de Ángeles Vicente y Profesora en la Universidad de Belgrado (Serbia), *Souvenir* es la secuela de un periplo hasta hoy reconocido con el V Premio de Narrativa Breve Cardenal Salazar y el accésit de poesía en el Certamen de Jóvenes Creadores de Madrid (2008). Antologías como *Terreno fértil* (Cangrejo pistolero) o *Radio Varsovia* (2004) también han hospedado sus versos, en los que resulta difícil separar su condición de escritora y filóloga. En «No eres la chica de mi vida», la impura redondilla que abre el libro, define su labor como fruto de una travesía en la que esa ofrenda –tan deudora de *La vie and rose* como de las limosnas sentimentales en que convertimos la pasión– es imagen de

la inocencia amputada. Obertura, pues, firmada por una hispanista poeta que antecede a un idilio lexicográfico como el de *Mi novio es filólogo y aceitunero*: «Tus labios son un *Tesoro* / de Covarrubias, / un Corominas / de una lengua urgente».

Lo mismo ocurre –Jano biffrente– en «Gracias», que retoca las notas parnasianas y prerrafaelitas de la *Sonatina* de Rubén Darío en un cuento infantil. Y esta aleación de tradiciones revolvería sin despeinarse la clasificación de Propp y haría las delicias del Neil Jordan de *En compañía de lobos* (1984): «Gracias por no despreciar mis ojos / antes de conocerlos / y por ser el único de todos / al que le gustaba comer / fresas y labios de niña / de vez en cuando. / Gracias también por aceptarme / y por ser el lobo / que faltaba en mi cuento». Otros botones significativos: en la poesía de Sara Toro un enesílabo puede ser el único galardón (o la pérdida) que el amante dejó sobre la cama («Sueños olvidados»).

Aires barrocos y quevedianos («Érase un hombre a una nariz pegado») posee *El imbécil* («Érase un príncipe batracio»), mediatizados, eso sí, por algún préstamo de Luis Alberto de Cuenca («Era una criatura detestable»), uno de los

autores –junto a Safo y Alejandra Pizarnik– que más han influido sobre ella. Y diría que muy cercano al humor de las relecciones de otra poeta cordobesa, María Rosal (verbigracia *A pie de página*), basadas en algunos de nuestros clásicos. He aquí la clave de bóveda de este libro: *Souvenir* participa de un crisol estético que remite al universo *camp* y lo acerca al de los «novísimos» –por más que algunos de ellos nos suenen hoy «viejísimos»–. Sin los trazos cotidianos (¿grises?) de la poesía de la experiencia. Con otras palabras: sus versos se asientan en un *collage* de telas tan cultas como rabiosamente modernas; pero siempre bañadas por el perfume de la ironía y de la gracia. Otra perla: «Mi alma y mis caderas / llevan exceso de gálibo».

Su presentación en la República de las Letras pone bocabajo más de un cliché y resucita técnicas creacionistas que creíamos casi perdidas. En «Sueños olvidados», un tetrasílabo precede a un bisílabo para mostrar el gesto que expresan las palabras: «cierro un ojo / otro». O cuando plasma la idea del ahogo vital con un encabalgamiento léxico, a la zaga de los de fray Luis. Y es que a Sara Toro le encaja como un guante cibellino la confesión de Gerardo Diego: «no soy respon-

sable de que me atraigan simultáneamente el campo y la ciudad, la tradición y el futuro; de que me encante el arte nuevo y me extasíe con el antiguo; de que me vuelva loco la retórica hecha, y me tome más loco el capricho de volver a hacérmela –nueva– para mi uso personal e intransferible».

Con todo, *Souvenir* es un recetario de amor, lleno de besos, de sabores picantes –guindillas, salmueras, vinagre– y de sensualidad. ¿Para qué engañarnos? A Sara Toro los angelitos del petrarquismo le interesan más bien poco. Disfrutemos, pues, con *La puta Venus*, esa que volvía de la calle con un pendiente de menos y dos hostias de más. Su interpretación de los sentimientos, e incluso de los revolcones, comprime hasta el límite los metros. Como si tallara medallones líricos al compás de Pisanello. Anécdotas, pulsiones y perfiles hibridados por igual con las greguerías de Ramón (*De amantes a amigos; Un SMS de ánimo*) y el arte de la agudeza de ingenio. Versos, en definitiva, que exprimen las correspondencias –próximas u ocultas– entre el yo y sus circunstancias. *En resumen* es el mejor testimonio de lo que digo: una miniatura erótica a partir de dos conceptos fruto de sumar ‘analogía más hipálage’: «Estando con-

tigo / se me endureció el carácter: / a ti, / la polla».

Despuntan tres poemas dignos de figurar en cualquier floresta de la nueva poesía española (tras someter al antólogo a un suave martirio florentino: razonar sus criterios): *A mi abuela*, *El diablo* –con ecos evidentes de Baudelaire– y la postal de la plaza de *La Corredera*. Sencillamente espléndidos. Por último, hay que aplaudir su apuesta por el cultismo y la tradición, que debería llevar hasta sus propios confines cuando escriba ese libro erótico y vanguardista en moldes clásicos (sonetos, romances, décimas...) que late bajo algunas de estas planas. Y el detalle final: una metáfora tan codificada como la del aljófara y las lágrimas (*El amargor que me dejas*), de raigambre barroca, como estudiara Bodini en un artículo magistral («Le lagrime barocche»), suena ahora más hechicera que nunca mientras la vemos correr –literalmente– «mejilla abajo». Todo ello en virtud del par de trisílabos con los que Sara Toro dibuja el llanto en la cara de una muchacha. Líneas, apuntes, estampas y *delicatessens* acreditan que en la poesía, como en la vida, el fondo acostumbra a ser una cuestión de formas.

Rafael Bonilla Cerezo
Universidad de Córdoba